

escolta para que le acompañase, salió de la ciudad, se dirigió hácia los infieles, y llegó á donde estaban en el momento en que descansaban y recobraban ánimo para atacar la ciudad donde habian visto entrar al rey. Tendidas tenian sus armas á su lado, y sus turbantes desarrollados y extendidos en la arena.

El caballero dejó su escolta á cincuenta pasos de los sarracenos, y marchó directamente hácia el emir, quien viendo adelantarse un hombre solo, y sospechando llevaba algun mensaje, habia hecho seña de que le dejasen pasar. Recordóle este entonces las condiciones presentadas por el soldan, es decir, la entrega de Damietta en cambio de Jerusalem, lo cual debia garantir la persona misma del rey que quedaria en rehen. Ratificaba Luis estas condiciones, y el caballero Felipe de Montfort iba á preguntar al emir Zeineddin si continuaba siempre en la intencion de aceptarlas. Tal era el terror que el rey, enfermo y abandonado como estaba, inspiraba todavía á los sarracenos, que su jefe consintió al punto. Entonces el señor de Montfort sacó su anillo y se le dió al emir en prueba de compromiso aceptado; pero en el momento en que este iba á ponerle en su dedo, un traidor, llamado Marcel, salió de la ciudad, y llegándose á todo correr á la escolta de Montfort: « Señores caballeros, entregaos todos; el rey me manda deciroslo. No seais causa de que le maten resistiendoos. » Al punto los caballeros no desconfiando, arrojaron sus armas y sus armaduras: los sarracenos aprovechando la ocasion convenida, se precipitaron sobre el reducido escuadron. Entonces el emir devolvió el anillo á Felipe de Montfort, diciéndole: « No se trata con prisioneros. »

Esta respuesta fué la señal de un nuevo ataque. Felipe de Montfort fué el tercero ó cuarto que se unió á la compañía de Gauthier de Chatillon. Los sarracenos mandados por los dos emires Zeineddin y Jemal-Eddin, marcharon hácia la ciudad. El rey oyendo el estrépito del combate, hizo un último esfuerzo, y dejando la casa abierta y sin defensa en que habia sido recibido, se fué al palacio de

Abiad-Allah, señor de Minich, que podia al menos oponer alguna resistencia, y Gauthier de Chatillon se colocó con el resto de su retaguardia al extremo de la estrecha calle que conducia á la real fortaleza.

Empeñose entonces la última lucha. Todos los que se habian reunido á Gauthier, era lo mas bravo que habia en la caballeria francesa, y el jefe que los mandaba era digno de semejante escuadron. Se hubiese dicho que él y su caballo eran de hierro como sus armaduras, tantas fatigas habian soportado delante de Mansourah, sin molestarlos al parecer ni afectarlos. Cuando vió avanzar á los sarracenos, empuñó su espada y marchó de nuevo hácia ellos como si hubiese sido el primer combate, gritando: « ¡A Chatillon, caballeros! ¡á Chatillon, mis hombres buenos! » Y los sarracenos le reconocieron y le volvieron á encontrar tal como se les habia mostrado en el canal del Achmoun. Los infieles, asombrados de hallar tal resistencia cuando creian toda esperanza perdida para los Franceses, retrocedieron en el primer momento hasta las puertas de la ciudad. Gauthier de Chatillon aprovechó aquel momento de respiro para arrancar de su escudo, de su coraza y de su cuerpo, los proyectiles de ballesta de que estaba cubierto, de modo que al volver á la carga los sarracenos otra vez le encontraron el primero al frente de sus caballeros, todo ensangrentado, pero en pié y dispuesto á continuar el combate. Esta vez fué ya una carnicería. Los sarracenos irritados con tan prolongada lucha volvian con fuerzas diez veces superiores á las de los Franceses. Todos los que estaban allí cayeron muertos. Gauthier de Chatillon cayó el último, acibillado de heridas, matando sin querer gracia, mientras pudo levantar su brazo. Un sarraceno se apoderó de su espada y de su moribundo caballo.

Precipitáronse entonces los infieles hácia el palacio donde estaba el rey. Cuando Luis les oyó romper las puertas, el ánimo esforzado del guerrero pudo mas que la resignacion del mártir; cogió su espada y se levantó; mas al punto cayó al suelo perdiendo el sentido. El primero que entró

en la camara y puso sus manos sobre él fué el eunuco Rechild; siguióle el emir Sufeddin Eckanieri : Luis era prisionero.

Entonces, sin respeto al valor, á la febril debilidad, á la majestad del mártir, le pusieron una cadena á los piés y le trasladaron al Nilo á bordo de un bajel de guerra, rodeado de sus servidores, prisioneros y encadenados como él. Al punto las cornetas, los tambores y los címbalos resonaron por todas partes en señal de victoria y regocijo; por do quier se esparció la nueva de que el soldan de los Franceses habia sido cogido. Cesaron los degolladores un instante la faena que los tenia esparcidos por el llano, y acudieron en tropel á ambas orillas del Nilo, por donde subian con el desórden del triunfo, acompañando el barco donde iba el rey, y que era seguido de toda la flota.

Al día siguiente llegó el rey á Mansourah, fué conducido á la casa de Fakreddin-Ben-Lokman, y puesto bajo la custodia del eunuco Sahid.

El jóven sultan no podia creer en una victoria tan completa; apenas tuvo certeza de ella, que solo pudo adquirirla viendo al rey cautivo, escribió á todos sus gobernadores anunciándoles aquella gran noticia. El Arabe Mokrin' nos ha conservado la carta de Touran-Chah á Dgemal-Eddin-Ben-Jagmour; con el júbilo que expresa, pinta el terror que habia experimentado. Héla aquí :

« ¡Gracias sean dadas al Todopoderoso, que ha cambiado nuestra tristeza en alegría! Solo á él debemos la victoria. Los favores de que se ha dignado colmarnos son innumerables, y el último es el mas precioso. Anunciareis al pueblo de Damasco, ó mas bien á todos los musulmanes, que Dios nos ha hecho ganar una completa victoria sobre los cristianos precisamente cuando habian jurado nuestra perdicion. El lunes, primer día de este año, hemos abierto nuestro tesoro, y distribuido nuestras riquezas á nuestros fieles soldados. Les hemos dado armas; hemos llamado en nuestro auxilio á las tribus árabes; una multitud de soldados se han alistado bajo nuestros estandartes. En la noche del martes

al miércoles, nuestros enemigos han abandonado sus bagajes y marchado hácia Damietta. A pesar de la oscuridad de la noche les hemos perseguido. Treinta mil de los suyos han quedado en el campo de batalla, sin contar los que se han precipitado en el Nilo. Hemos hecho perecer y arrojar al rio el sinnúmero de prisioneros que hemos hecho. Su rey se habia retirado á Minich; ha implorado nuestra clemencia. Le hemos perdonado la vida y hecho los honores que exigía su calidad. »

A esta carta acompañaba, como presente, la gorra del rey de Francia, que se le habia caído durante la batalla, era de grana flordelisada de oro con ribete de martas. El gobernador de Damasco la puso en su cabeza para leer al pueblo la carta del soldan, y en seguida respondió á su señor :

« Dios sin duda os destina á la conquista del universo, y á caminar de victoria en victoria, puesto que, como prenda de ese porvenir vuestros esclavos se cubren ya con los despojos de los reyes de que os apoderais. »

En tanto, la noticia de la derrota se habia esparcido á la vez entre amigos y enemigos. La reina la supo en Damietta, tres dias antes de su alumbramiento, y su dolor fué grande; creia á cada momento, á pesar de las precauciones tomadas por el bravo gobernador, que reapondia de ella al rey, que Damietta era tomada y que los sarracenos entraban en su habitacion. Entonces exclamaba estando dormida : « ¡Socorro! socorro! » En fin, conociendo cuán nocivos podian ser aquellos terrores á la criatura que llevaba en sus entrañas, hizo velar junto á su lecho á un anciano caballero de mas de ochenta años de edad, que no le dejaba la mano, y que siempre que en sus sueños prorumpia en aquellas exclamaciones, la despertaba diciéndole : « Señora, no tengais cuidado; estoy á vuestro lado y velo por vos. » En fin, la noche que precedió al día de su alumbramiento, fué tan grande aquel terror, que la reina mandó salir á todos los que estaban en la habitacion. En seguida, quedándose sola con el anciano caballero, se bajó de su lecho y se arrojó ante él de rodillas pidiéndole la concediese una gracia : el caballero lo

ofreció al punto bajo juramento, debiéndole como mujer galantería y como reina obediencia. Entonces le dijo Margarita de Provenza: « Señor caballero, yo os requiero, por la fe que me habeis jurado, para que si los sarracenos se apoderan de esta ciudad, me corteis la cabeza antes que se apoderen de mí. » Y el caballero respondió: « Con toda mi voluntad lo haré, señora, porque ya tenía pensado hacerlo sin que vos me lo pidiérais, si lo que temeis sucediera. »

Al día siguiente la reina dió á luz un hijo, á quien se puso por nombre Juan, y por sobrenombre Tristan, en memoria de haber venido al mundo en medio de la tristeza y la miseria.

Acababa apenas de terminar su alumbramiento, cuando fueron á decirle que los caballeros de Pisa y Génova, que tenían sus bajeles en el puerto, querían huir y abandonar á Damietta. Abandonar á Damietta era abandonar al rey. Damietta era el único rescate que Luis podía ofrecer por su persona; Damietta era, pues, la única esperanza de la cristiandad. En consecuencia, envió á suplicar á los caballeros pisanos y genoveses fuesen á hablarla, y mandó á los chambelanes, á pesar del estado de postracion en que se hallaba, los introdujesen en su cámara. En cuanto los vió, se incorporó sobre su lecho, y tendiéndoles la mano: « Señores, dijo, en nombre de Dios, os suplico no abandoneis esta ciudad, porque si lo hiciérais á pesar de mis súplicas, bien sabéis que monseñor el rey y todos los que están con él serian perdidos; y si no lo haceis por él, no siendo vuestro señor ni soberano, en nombre de la Virgen y del niño Jesus, hacedlo por la pobre mujer y el pobre niño que teneis en vuestra presencia yaciendo en el lecho. » Todos le respondieron que era imposible permaneciesen allí mas tiempo, porque se morian de hambre. Mandó entonces la reina que le llevasen un cofre lleno de oro; le abrió ante ellos, y les dijo que iba á mandar comprar todo el pan y las carnes que habia en la ciudad, de modo que en lo sucesivo serian mantenidos á costa del rey. Mediante esta promesa, permane-

cieron en la ciudad, y el cumplir su oferta costó á la reina 370,000 libras. No era comprar demasiado cara la posesion de Damietta.

Por la noche apareció al Occidente una multitud de hombres armados que se dirigian hácia la ciudad. A medida que se aproximaban, reconocianse los arneses, las armaduras, y las banderas de los cristianos. Sin embargo, como habia algo de extraordinario en el modo como avanzaban y en el silencio que guardaban al aproximarse, mandó el gobernador cerrar las puertas, y á los soldados que subiesen á las murallas. En efecto, en sus atezados rostros y largas barbas conoció al punto la astucia Olivier de Thermes. Los musulmanes, cubiertos con armaduras cristianas y marchando bajo las santas enseñas, habian tenido esperanza de sorprender la ciudad; pero viéndose reconocidos ó descubiertos, no intentaron siquiera proseguir en su intencion y se retiraron sin combatir. El mal éxito de aquella treta produjo un resultado satisfactorio, puesto que probó á los infieles que aunque los cristianos sabian la captura de su rey, no se habian por eso amilanado y continuaban siempre dispuestos á defenderse.

No obstante, Touran-Chah pensaba sacar partido de su victoria, y comenzaba á comprender que teniendo en sus manos la fortuna de la Francia, debia apreciarla en todo su valor; habia calculado, no por humanidad, sino por avaricia, que aquellos á quienes se diese muerte no pagarian rescate, y habia dado orden de que no se matase mas que á los pobres de quienes no se podia esperar rescate, y que se conservasen los caballeros. Supo entonces el rey que algunos de estos, deseosos de salir de manos de los infieles, habian entablado ya negociaciones particulares; al punto mandó prohibir á cualquiera que fuese, aun á sus hermanos, ajustar ningun trato, diciendo que trataria por ellos y que despues de haber negociado por todos, trabajaria por sí; él habia llevado el ejército á Egipto, añadia, y por tanto á él correspondia sacarlo de allí. Vió, pues, el soldan que tenia que entenderse con el rey; y sea que quisiese dispo-

nerle bien á su favor, ó que realmente le hubiera entusiasmado su valor, envió á Luis cincuenta vestidos magníficos, que el rey se negó á admitir, diciendo que era soberano de un reino mas rico que el Egipto, y que por consiguiente le correspondía dar y no recibir. Entonces Touran-Chah, habiendo sabido que la reina había dado á luz un hijo en Damietta, hizo partir una embajada con encargo de ofrecer á la madre ricos presentes, y una cuna de oro á su hijo. Al principio quiso rehusar; pero se acordó de los regalos de los reyes Magos, que eran infieles como el soldan, y en memoria del Divino Niño y su Santa Madre, aceptó.

Comenzó ya el soldan á encaminarse á su objeto, y mandó le preguntasen á Luis si quería volverle Damietta y las poblaciones que los cruzados tenían en Palestina, ofreciéndole que entonces saldría libre. Mas el rey respondió que Damietta era suya, en verdad, puesto que Nuestro Señor había permitido la conquista de los infieles; pero que no tenía ningun derecho sobre las demás ciudades de la Judea. El soldan volvió á dirigirse al rey. Los nuevos mensajeros llevaban encargo de preguntarle si quería por su rescate devolver Damietta y los castillos de Rodas y del Temple. Y el rey contestó que no podía hacerlo, porque el hecho sería un ataque al juramento acostumbrado, puesto que los castellanos y gobernadores de aquellas fortalezas juraban á Dios Nuestro Señor no entregarlas á los sarracenos por el rescate del cuerpo de hombre alguno, aunque fuese este el del rey. Los enviados volvieron á llevar esta respuesta á Touran-Chah.

Entonces fué un emir con soldados; esta vez no era ya portador de proposiciones, sino de amenazas; los embajadores habían cedido su puesto á los verdugos; llevaban la misión de anunciar al rey que como se había negado á todo acomodo, había decidido el soldan ponerle á tormento hasta que el dolor hubiese obtenido de él lo que no podía obtener la persuasión. Y Luis respondió que era el prisionero del soldan, que este podía hacer de él lo que quisiera, y que cualquier dolor y aflicción que le fueran enviados por

Nuestro Señor Jesucristo, lo sufriría con gusto, puesto que venia en su nombre.

Entonces volvió á comenzar la matanza. Los caballeros se alojaban en pabellones, y los soldados y los criados en un inmenso patio; estos últimos á quienes se había reconocido al punto por gentes de poco valer, habían sido hacinados á granel entre paredes de tierra, donde nada les libraba del ardor del sol y donde nadie se cuidaba de darles sustento. Y sin embargo, no eran las enfermedades y el hambre las que mas víctimas hacían; era, si, el capricho del soldan; todas las noches se hacían salir algunos centenares de ellos; los llevaban orilla del rio, donde les esperaba un peloton de verdugos, y allí les preguntaban si querían renegar; los que lo hacían salvaban la vida; los que se negaban á cometer una apostasia, eran degollados y arrojados al Nilo; en seguida los arrastraba la corriente hácia Damietta, á donde llevaban terribles nuevas del ejército.

Los consejeros del soldan, que se componian de los que formaban la juvenil y voluptuosa corte que había llevado consigo de la Mesopotamia, veían con temor aquellas dilaciones y aquella matanza. Todo lo que podía prolongar la permanencia de los cristianos en Oriente, los aterraba, porque conocían instintivamente que existía un odio oculto entre el emir, la milicia de los mamelucos, creada por el padre, que habían hecho toda aquella guerra, y el frívolo tropel de cortesanos del hijo, que habían llegado despues del combate, y muy á tiempo para participar de los despojos de los prisioneros á quienes no habían vencido, y de los cuerpos á quienes no habían dado muerte. Era, pues, importante que el soldan se desembarazase de un enemigo todavía tan poderoso, por mas que estuviese cautivo, á fin de afirmar su poder en el interior y comenzar verdaderamente su reinado. Enviáronse nuevos mensajeros á Luis; iban á ofrecerle su libertad, á condicion de que pagaría por su rescate quinientas mil libras. Pero Luis respondió que un rey de Francia no se rescataba por oro;

que si tal era la voluntad del sultan, daría por su ejército las quinientas mil libras, y por él la ciudad de Damietta. Touran-Chah encontró tan digna la proposición, que no quiso ser menos que su cautivo en generosidad, y exclamó cuando le comunicaron aquella respuesta: — ¡A fe mía! liberal es el Francés, puesto que no ha regateado sobre tan grande suma, antes bien otorga y paga todo lo que se le pide. Id á decirle que por su rescate acepto la ciudad de Damietta, y por el de sus gentes le rebajo cien mil escudos.

Terminado este acuerdo, hizo entrar el soldan al rey y sus barones en cuatro galeras, á fin de conducirlos á Damietta bajando por el río. Llegada á Charescour, ancló la flota; Luis debía tener allí una entrevista con Touran-Chah; sea con este objeto, sea en honor de la victoria de Minich, se había levantado orilla del río un gran pabellon de madera de abeto, cubierto de lienzo pintado. Delante había un vestibulo, donde los emires recibidos en audiencia por el soldan, dejaban sus espadas y sus bastones; tenia el pabellon, en el centro de la shabitaciones divididas en cuatro alas, un gran patio cuadrado, en medio del que se elevaba una torre cuya plataforma sobresalía por encima de todas las azoteas inmediatas, y de lo alto de aquella torre distinguía el soldan todo el país de los contornos y los dos ejércitos; además, por una bóveda enrejada cubierta con ricas telas de la India, comunicaba aquel pabellon con el Nilo, y aquel paso estaba reservado al jóven soldan para cuando queria ir á bañarse al río.

Llegaron los cristianos ante aquel palacio improvisado el jueves antes de la fiesta de Nuestro Señor; así que llegó, fué el rey conducido á tierra y recibido por el soldan. Era este un jóven de buena presencia, de veinte y cuatro á veinte y cinco años de ead, de la familia de los Eyubitas, de origen curdo, y último descendiente de la familia de Salah-Eddin, criado, como hemos dicho, lejos de su padre, quien habiendo subido al trono por usurpacion, habia temido le estuviera reservada la suerte que él habia depurado á su hermano. El jóven principe, en su destierro á las

orillas del Eufrates, habia adquirido esos hábitos de molición y abandono legados por los Asirios á los pueblos que les han sucedido. Como hemos podido ver en sus diferentes relaciones con el rey, no carecia de cierta elevacion de carácter; pero se mostraba sin continuidad, sin direccion, por resplandores pasajeros y rápidos como el relámpago. La primera cosa que habia hecho al llegar al Cairo habia sido pedir cuentas á la sultana Cheger-Eddur de los tesoros de su padre, los cuales habia distribuido al punto entre sus favoritos, acto doblemente impolitico puesto que arruinaba el Estado por enriquecer á hombres que le eran inútiles, y descontentaba á los que acababan de salvar el Egipto en Mansourah. Estos, los mamelucos baharitas, formaban en aquella época una milicia de ochocientos caballeros, mandados por Bibars, que como dejamos expuesto, habia sido proclamado emir en el campo de batalla en reemplazo de Fakreddin. Pues bien, esta milicia, que se perpetuó hasta nuestros dias, que dispuso durante siete siglos de la vida de los diferentes sultanes que se sucedieron en Egipto, habia sido creada por Nedjin-Eddin, padre de Touran-Chah, un dia que en el sitio de Naplusa habia sido cobardemente abandonado por sus tropas y sostenido por los esclavos, Turcos de origen, que le habian vendido unos mercaderes sirios. Reconocido á aquel valor y adhesión, que no tenia derecho á esperar de gentes compradas, los colmó de beneficios, los elevó á las primeras dignidades, y acabando á la sazón de edificar un palacio en la isla de Randah, les confió su custodia. Semejantes hombres eran temibles. Así, los mas prudentes consejeros del nuevo rey le recomendaban los tuviese contentos; pero él, jóven, sin experiencia de los hombres ni de las cosas, trasladado de repente y como por un furioso torbellino del destierro al trono, llegando á Egipto para ver sucumbir ante él el ejército mas aguerrido de la cristiandad, se reía de aquellos consejos, dados por lo general en medio de una orgia, y sacando su sable, hacia volar dandc tajos el extremo de las velas que alumbraban el banquete, y decia por toda res-

puesta: « Así es como yo trataré á los esclavos banaritas. » Tal era el hombre que reinaba entonces en Egipto, y que disponia de los destinos del rey Luis y de los primeros principes y barones de la Francia. Mas, esclavo de su palabra, como digno hijo del Profeta, renovó con su real prisionero las condiciones fijadas, y quedó tambien convenido que el sábado siguiente, es decir, á los dos dias, el rey entregaría á Damietta. Acordado este punto, Touran-Chah quiso se quedase Luis para asistir á una gran comida que daba el mismo dia á los mamelucos; pero el rey, sospechando que aquella invitacion se le dirigia no para agasajarle sino para exponerle á la curiosidad de sus vencedores, rehusó, á pesar de las instancias del príncipe, y se volvió á su galera, llevando á los caballeros la feliz nueva de que estaban arreglados todos los puntos del tratado definitivamente, en los términos convenidos entre los enviados, y que el sábado siguiente estarían en libertad. Grande fué el regocijo que experimentaron todos los prisioneros, los cuales habiéndose visto tan cerca de la muerte ó de un eterno cautiverio, no podían creer en su libertad.

Por su parte Touran-Chah jamás habia estado tan orgulloso ni tan alegre: era señor absoluto del reino de Egipto, uno de los mas antiguos, de los mas hermosos y de los mas ricos de la tierra; jefe de un ejército tan valiente, que acababa de vencer un ejército, cuyo choque ninguna nacion lo habia experimentado sin estremecerse. En fin, á los tesoros de su padre, que le habia entregado la sultana, iba á añadir cuatrocientos mil escudos de oro que debia pagarle el rey. Era una obra maravillosa de encantamiento, era un cuento de las *Mil y una Noches* digno de adicionarse á los cuentos árabes mas inverosímiles y adornados de imágenes mas doradas.

Un soplo derribó aquella Babel, que al caer aplastó á Touran-Chah bajo sus escombros.

Mientras la comida no habia observado el soldan las conversaciones en voz baja de los mamelucos y los miradas que se cambiaban entre los convidados. Cuando llegó el momento de dejar la sala del convite, levantóse el soldan

vachante y pidió á Bibars su sable, que habia dejado al entrar en la habitacion: mas como el emir no obedecia, Touran-Chah repitió su orden con voz imperiosa. En aquel momento desenvaina Bibars su sable y tirando una cuchillada al soldan que tenia el brazo extendido hácia él, le bendió la mano entre el tercero y cuarto dedo. El soldan que recibió aquella profunda herida, levantó su mano ensangrentada, y volviéndose hácia los demás emires: « ¡A mí! exclamó, ¡á mí! ya veis que se me quiere asesinar. » Pero estos desenvainando tambien sus sables, le respondieron: « No hacemos contigo mas que lo que tú querias hacer con nosotros; y mas vale que tú mueras, tú que eres un cobarde, que nosotros que somos valientes. » Entonces Tcuran-Chah vió que no era una venganza individual, sino una revolucion general. Se precipitó en la escalera, ganó la torre que se elevaba en medio del patio, y cerró las puertas tras de sí. Bibars temiendo que el resto del ejército fuese al socorro del soldan, menos acaso todavía por amor hácia él que impulsado por aquel odio instintivo de los soldados á los cuerpos privilegiados, salió del pabellon, y dirigiéndose á los caballeros sarracenos y á los Arabes les anunció que Damietta estaba tomada, y les mandó á nombre del soldan que fuesen allá para procederles. Los guerreros sarracenos y los soldados árabes no sospecharon la estratagemá, y montando á caballo, lanzáronse todos á cual mas corria. Quedaron solos los mamelucos.

Los cristianos aterrados por aquella rápida carrera, y creyendo que la noticia de la toma de Damietta era cierta, presenciaron un extraño espectáculo. Apenas desapareció el ejército, fueron derribados como por encanto los pabellones que rodeaban la torre, dejando al descubierto á toda la milicia de los mamelucos amenazadores y armados. A una de las ventanas de aquella torre estaba el soldan, agitando su ensangrentada mano y pidiendo gracia. Comenzaron entonces los cristianos á comprender que una de esas revoluciones militares, tan comunes en Oriente, iba á tener su desenlace á su vista.

El soldan suplicaba é imploraba siempre, y Bibars convertido á su vez en señor, le mandaba que bajase; pero Touran-Chah no queria hacerlo sin que los emires le prometiesen salvarle la vida. Entonces, juzgando inútil tomar aquella torre, en que temian encontrar algunos soldados fieles dispuestos á defender al sultan, los sublevados formaron un semicírculo que encerraba la torre entre ellos y el Nilo, y lanzaron sobre el último asilo del desventurado soldan una lluvia de flechas ardiendo. Los cruzados colocados en medio del rio, no perdieron ninguno de los detalles de la escena. La torre, como hemos dicho, era de madera y tela pintada; se encendió en todos los puntos atacados por el fuego griego con espantosa rapidez; en un momento se encontró el soldan rodeado de llamas; la torre se quemaba á la vez por la base y el remate; las llamas subian y bajaban, amenazando unirse. Touran-Chah, amenazado á la vez por encima de su cabeza y bajo sus piés, monta sobre el quicio de la ventana, donde parece vacilante al verse suspendido; en seguida llegando el incendio á pocos pasos de él, yendo á tocarle, se lanzó de la altura de veinte piés, y habiendo caído sin hacerse daño alguno, se precipitó hácia el Nilo, no quedándole otra esperanza de socorro que esperar sino de los prisioneros, á quienes todavía amenazaba la vispera con una eterna cautividad ó la muerte.

Bibars vió su intencion y se lanzó en su persecucion: antes que llegase al rio le alcanzó y le dió otra cuchillada en el costado; Touran-Chah continuó, sin embargo, corriendo, se arrojó en el Nilo y se puso á nadar hácia las galeras. Todos los cristianos estaban fijos en aquella odiosa lucha; instintiva y generosamente excitaban á los fugitivos con sus gritos, y ya creia el soldan haberse salvado, cuando Bibars y los otros seis mamelucos, quitándose sus vestidos, se lanzaron en su persecucion con el puñal entre los dientes. Touran-Chah, aunque debilitado por sus dos heridas, hacia inauditos esfuerzos para librarse de ellos; pero como al separarse de la orilla la corriente era mas rápida, su vestido detuvo sus movimientos. Alcanzaronle los ase-

sinos, y á pesar de sus gritos y súplicas, le dieron sin piedad de puñaladas; en seguida arrastrándole á la playa, uno de los emires, llamado Fares-Eddin-Octai, le abrió el pecho, sacó de él el corazon vertiendo sangre; y mostrándole á los mamelucos:

— Aquí teneis, dijo, el corazon de un traidor; que sea comido por los perros y las aves.

Y le arrojó lejos, para que aquella sentencia tuviese su cumplimiento: nadie pensó en recogerle; y sin duda lo hicieron los animales carnívoros, segun los hombres habian decidido.

En seguida se metieron los jefes mamelucos precipitadamente en una lancha, y se hicieron llevar á las galeras de los prisioneros. Fares-Eddin-Octai, acompañado de dos ó tres hombres, subió al buque que montaba Luis, y presentándose á él, con las manos ensangrentadas:

— Rey de los Francos, le dijo, ¿qué me darás por haberte librado de un enemigo que te hacia traicion, y que despues de haber recobrado de tu poder Damietta, te hubiera dado muerte?

Pero Luis no respondió, sea que no comprendiese lo que le decia el asesino, ó que el rey no quisiese aparecer que aprobaba el asesinato de otro rey. Entonces el emir, tomando aquel silencio por menosprecio, desenvainó el puñal con que acababa de abrir el pecho de Touran-Chah, y apoyando su punta sobre el costado izquierdo del rey:

— Rey de los Francos, le dice, ¿no oomprendes que soy dueño de tu persona?

Luis se cruza de brazos y sonrie desdeñosamente. La cólera sube como una llamarada al rostro del asesino.

— Rey de los Francos, exclama con una voz alterada por la cólera, hazme caballero, ó eres muerto.

— Hazte cristiano, le respondió el rey, y te haré caballero.

Sea que Octai no tuviese realmente malas intenciones contra su prisionero, sea que aquella serenidad le impusiese, nada respondió, volvió á envainar lentamente su puñal y marchó del navío.

Todo lo encontró en desorden en la galera de Joinville; los demás emires habian subido á ella dando voces y prorumpiendo en amenazas, con las espadas desnudas en sus manos y sus hachas de armas á la espalda. Preguntó entonces Joinville al caballero Beaudoin d'Ibelin, que entendia el idioma de los sarracenos, qué querian aquellas furias. El caballero respondió que iban á cortar la cabeza á los prisioneros, si se habia de creer lo que decian. Volvió el rostro Joinville y vió un grupo de los suyos que se confesaban todos con un religioso de la Trinidad : esto le confirmó la verdad de lo que acababa de anunciarle Beaudoin; pero como no recordaba haber cometido ningun pecado, se arrodilló ante un mameluco, y tendiendo el cuello, hizo la señal de la cruz, y resuelto á seguir su suerte, dijo solamente : « Así murió santa Inés. » Cuando estaba arrodillado, el caballero Guy d'Helin, condestable de Chipre, que estaba en la misma postura, como él esperando la muerte, le suplicó tuviese á bien recibir su confesion. Joinville consintió en ello, y cuando hubo concluido, le dió la absolucion que podia darle; pero de todo lo que habia oido, el mismo buen senescal confiesa que no recordó ni una palabra en cuanto se levantó. En este momento fué cuando Octai apareció y mandó que no se descargara ni un solo sablazo, hachazo ó puñalada. Obedecieron los mamelucos, y retirándose los cristianos todos juntos, y agrupados como un rebaño de carneros, hácia la popa de su galera, tuvieron consejo en la proa los infieles; en seguida tomada una determinacion, volvieron á entrar en su barca y se hicieron conducir al navío del rey.

Esta vez su modo de abordarle fué muy diferente; subieron silenciosos sobre el puente y se presentaron respetuosamente á Luis; dijéronle que nada sucedia sino por sentencia de Dios, que cuando deseaba se verificase un acontecimiento, preparaba de antemano las causas; que era, pues, preciso que los cristianos olvidasen lo que acababa de pasar á su vista; que lo que se habia hecho, hecho estaba, y la única cosa que los mamelucos exigian del rey

era el cumplimiento del tratado ajustado con el soldan. Respondió el rey que estaba dispuesto á cumplirle; pero recordaron los mamelucos entonces que el juramento del rey habia sido hecho á Touran-Chah, y no á su sucesor; de modo que era preciso renovar aquellas promesas. El rey consintió en ello, y de una y otra parte se nombraron negociadores que redactasen la fórmula del nuevo convenio.

Estipulóse que los juramentos que debian prestar los mamelucos serian en número de tres y concebidos en estos términos :

El primero, que si no cumplan al rey sus convenios y promesas, querian ser infamados y deshonrados, al modo del musulman que á causa de sus pecados, es condenado á hacer con la cabeza descubierta la peregrinacion á la Meca.

El segundo, que si no cumplan sus convenios y promesas, querian ser infamados y deshonrados, al modo del musulman que, habiendo repudiado á su mujer, la vuelve á tomar sin haber visto otro hombre acostado con ella y en su lecho.

El tercero, que si no cumplan sus convenciones y promesas, consentian ser infamados y deshonrados, al modo del musulman que come carne de cerdo.

Los emires hicieron los juramentos pedidos; en seguida, presentaron á su vez por escrito los que debian ser pronunciados por el rey; eran dos : habian sido redactados por apóstatas. Hélos aquí :

El primero, que si el rey no cumplia sus promesas y convenios, consentia en ser separado para siempre de la compañía de Dios, de su digna madre, de los doce apóstoles y de todos los demás santos y santas del paraíso.

El segundo, que si el rey no cumplia sus promesas y convenios, seria reputado perjuro como el cristiano que ha renegado de su Dios, su bautismo y su ley, y que, ultrajando á Dios, escupe la cruz y la pisotea.

Luis respondió á los enviados de los emires que estaba dispuesto á pronunciar el primer juramento, pero que,

ningun poder humano le haria jurar el segundo, que era una blasfemia.

Al oír esta respuesta se levantó gran tumulto en el consejo; porque todos exclamaron á la vez que ellos habian jurado todo lo que el rey habia querido, mientras á su vez el rey se negaba á prestar el juramento que habia prometido hacer. Uno de los enviados dijo entonces que sabia bien de dónde provenia el obstáculo y la vacilacion, y que era, no del rey, sino del patriarca de Jerusalem, su consejero. Entraron de nuevo los emires en una barca, y por tercera vez fueron al buque de Luis. Encontráronle como siempre firme y tranquilo, por mas amenazas que le hicieron; en seguida, viendo que nada podía quebrantar su constancia, y creyendo como lo habia dicho el enviado, que el patriarca de Jerusalem era el que le daba aquella firmeza con sus consejos, se apoderaron del prelado, y á pesar de ser un bondadoso y venerable anciano de ochenta y seis años, le sujetaron á una vija, y á presencia del rey le ataron las manos con una cuerda, con tal fuerza, que sus manos se hincharon y la sangre brotó por sus poros. Pero el martirio de los demás no pudo tener influencia sobre el que estaba dispuesto á sufrirlo, y á pesar de que el patriarca vencido por el dolor le gritaba: « Jurad, señor, jurad libremente, yo tomo el pecado sobre mí y sobre mi alma, » el rey respondió que mas valia morir como buen cristiano, que vivir con la ira de Dios y su madre. En fin, viendo los musulmanes que el anciano se habia desmayado y Luis no queria jurar, le desataron, y dijeron que se contentarian con la palabra del rey; mas que de seguro era el cristiano mas altivo y tenaz que se habia visto jamás en Oriente.

Aquella misma noche envió Luis un mensajero á la renia; la ordenaba marchar á Aix inmediatamente, porque Damietta debia ser entregada de allí á dos dias. Margarita recibió el mensaje, doliente y postrada en el lecho á consecuencia del parto; mas al punto se levantó, prefiriendo arriesgar su vida al horror de verse, aunque no fuese sino un momento, á merced de los infieles; de modo que, cuando el rey llegó

el dia siguiente al pabellon que habia hecho levantar á corta distancia de las murallas, su mujer y su hijo estaban ya en la mar, y por consecuencia en seguridad.

Damieta estaba ya libre; no quedaban en ella mas que los enfermos, que debian quedar en rehenes hasta que el rey, que pagaba al contado doscientas mil libras, es decir, la mitad de la suma convenida, hubiese enviado de Aix el resto de su rescate. Entraron los sarracenos al salir el sol en la ciudad, conducidos por el caballero Geoffroy de Sargines, quien entregó las llaves de la ciudad en manos de los almirantes; en seguida se comenzó á hacer el pago de las 200,000 libras.

Verificábase esta operacion al peso en balanzas; cada peso era de 10,000 libras. Duró este desde la mañana del sábado hasta el domingo á las tres de la tarde; y á fin de que las cosas se hiciesen de un modo leal, el rey habia asistido allí durante todo ese tiempo. Pesadas las últimas 10,000 libras, Luis volvió á entrar en su tienda y se ocupó de los preparativos de su partida. Iba á dejar la ribera, cuando Felipe de Montfort, que habia sido el encargado de entregar el dinero, le dijo que habia defraudado á los sarracenos en una balanza; entonces el rey, á pesar de las súplicas de su gente, que le veian con terror volverse á entregar á los infieles, entró otra vez en su tienda, hizo volver á abrir el cofre, y envió las diez mil libras.

Al dia siguiente, Luis, habiendo llenado fielmente sus promesas como rey y como cristiano, dejó con tres galeras y quinientos caballeros tan solo, aquella tierra de Egipto á que habia abordado con cien bajeles, nueve mil quinientos caballeros, y ciento treinta mil infantes.

Diez y ocho años despues, un poeta árabe, llamado Ismael, habiendo sabido que Luis se preparaba á una segunda cruzada contra el Africa, hizo los versos siguientes:

« Francés, ¿ignoras que Túnez es la hermana del Cairo? Piensa en la suerte que te espera. En esa ciudad encontrarás la tumba en vez de la casa de Fakreddin-ben-Lokman, y los dos ángeles de la muerte, *Munkir* y *Nakir*,

reemplazando al eunuco Sahid, irán á preguntarte quién es tu Señor, quién es tu Profeta. »

Luis partió para Túnez, y la prediccion del profeta se cumplió el 25 de agosto de 1270.

La casa de Fakreddin-ben-Lokman, que sirvió de prision á san Luis, existe todavía, recibiendo su sombra de seculares palmeras, en la orilla izquierda del Nilo, al que majestuosamente domina; tres ventanas inmensas, que en lugar de vidrios tienen palillos torneados, engastados caprichosamente los unos en los otros, se hallan encima de una puerta redonda en su parte superior, la cual está adornada de piedras rojas y blancas alternadas; el ala izquierda de la casa está flanqueada de un edificio mas bajo que tiene una sola abertura cuya dimension no merece el nombre de ventana; esta es la modesta capilla en que el santo rey oraba: el emir, cediendo al piadoso escrúpulo de su prisionero, la hizo edificar, á fin de que Luis pudiese recitar sus oraciones en un lugar cuyo acceso estaba prohibido á los musulmanes. Hicimos alto un instante ante la consagrada casa; en seguida nuestros remeros volvieron á entonar con su aire indiferente los cánticos de la víspera, y la djerme voló impulsada doblemente por los remos y la corriente. La noche nos sorprendió sin detenernos; cuando despertamos, el cauce del rio era visiblemente mas ancho, y las blancas murallas de Damietta se nos presentaban por cima de la cortina de follaje que costea el Nilo. Esta ciudad, dos leguas mas arriba que lo estaba la antigua, tiene el aspecto italiano: las casas son grandes y de bella apariencia; las que están orilla de los malecones tienen todas azoteas con verdes enrejados en su derredor, que producen el efecto mas agradable.

Apenas habíamos entrado en casa del vice-cónsul de Francia, cuando Tonaleb, Bechara y nuestros fieles Arabes,

estaban con nosotros. Iban á tomar nuestras órdenes para conducirnos por El-Arich y el desierto hasta Jerusalem; pero la reciente experiencia que teníamos del viaje por agua, nos habia encantado de tal modo, nos parecia tan preferible aquel medio de transporte al que nos prometian los Arabes, nuestra opinion fué tan completamente adoptada por M. Linant y el vice-cónsul, que se resolvió iríamos por mar hasta Jaffa.

Nos separamos de nuestros Arabes como antiguos y verdaderos amigos, y no dejamos de sentir cierta opresion en el corazon cuando dirigimos la última mirada á nuestros dromedarios, los que arrodillados é inmóviles, vueltos hácia nosotros sus ojos de gacela, parecian protestar contra lo que decíamos de la rudeza de sus movimientos. No tardaron, sin embargo, en probarnos que no habian olvidado ninguna de sus gracias; se levantaron en dos tiempos, segun la clásica costumbre del desierto, y partieron con sus jinetes á un trotecito capaz de sacar de los arzones á un coracero.

Inmediatamente se terminaron los preparativos para nuestra corta travesía; la djerme que habíamos fletado tenia próximamente veinte piés de longitud; tres marineros turcos la conducian, es decir, tres graves personajes exclusivamente ocupados en fumar en largas pipas excelente tabaco de la Takia.

A fin de aprovechar la brisa de la mañana para pasar el Boghaz (la embocadura del Nilo), dejamos á Damietta á las seis.

En el momento de partir se aproximó un Turco al baron Taylor y le pidió hospitalidad para el pasaje hasta Jaffa. La alegría del pretendiente fué extrema cuando se le dijo que su demanda estaba concedida. Entró en el barco y se apresuró á preparar una pipa con el tabaco de nuestros marineros; en seguida, uniéndose al grupo se elevó de él al punto una columna de humo que podia hacer suponer á los que nos veian marchar así, sin ver á nadie en las maniobras, que marchábamos por el motor de algun nuevo vapor

Las orillas del Nilo próximas á la embocadura son alegres y están plantadas de arrozales; los árboles son mas escasos á medida que se avanza; pero la configuración de las riberas no cambia, sigue en una pendiente insensible hasta el mar; en algunos sitios tiene el rio tres cuartos de legua de ancho; en otros se estrecha hasta quedar reducido á un cuarto de legua; en la embocadura podrá tener, por cálculo á simple vista, como legua y media.

Las corrientes son rápidas, y el fondo, lleno de rocas que salen á flor de agua, presenta las mayores dificultades. El patron de la djerme, indolentemente tendido, daba sus órdenes á los dos marineros; dos veces nos arrojó contra los escollos, y debo hacerle justicia, no demostró inquietarse lo mas mínimo por el peligro que corríamos. A las nueve estábamos en plenamar, deslizándonos sobre su tersa superficie impelidos por una fresca brisa que soplabá de tierra.

Era aquel el último adiós del imperio de los Faraones, el último suspiro de aquel misterioso Egipto que muy pronto no dominaba ya el mar mas que con un delgado filete de verdura, semejante á una serpiente marina, que cuando llegó la noche desapareció en un cielo de púrpura y oro. Dirigimos nuestra vista hácia aquel punto resplandeciente, hasta que descendiendo el velo de la noche igualó todos los horizontes. Cesamos al fin de ver; pero nuestros ojos no se cerraron, teniéndonos en vela la ansiedad de la expectativa: al amanecer debíamos saludar la *Tierra Santa*.

FIN DE QUINCE DIAS EN EL SINAI

ÍNDICE.

PARTE PRIMERA.

	Pág.
I.... Alejandria	5
II.... Los baños	19
II.... Damanhour	28
IV.... Navegacion por el Nilo	37
V.... El Cairo.	48
VI.... El Cairo.	60
VII... Mourad. — Las Pirámides.	75
VIII.. Suleiman-el-Haleby	86
IX... Una visita al coronel Selves y á Clot-Bey.	96
X.... La ciudad de los califas	111
XI... Arabes y dromedarios	124
XII... El desierto.	132

PARTE SEGUNDA.

I..... El mar Rojo.	149
II.... El valle del Extravío.	162
III... El convento del Sinai	180
IV... El monte Oreb.	200
V.... El khamsin.	224
VI... El gobernador de Suez	233
VII... Damietta.	245
VIII.. Mansourah	264
IX.... La casa de Fakreddin-ben-Lokman	294